

Desigualdad, pobreza y exclusión social: una brecha intolerable

PEDRO FUENTES

Las ciencias sociales nos ofrecen algunas de las herramientas que necesitamos para hacer el primer e imprescindible ejercicio de conocer la realidad en la que vivimos, sobre todo si lo que se busca es intervenir sobre ella.

En relación al tema que nos ocupa, existen tres grandes perspectivas de análisis, a saber, la medición de la pobreza, de la exclusión social, y de la desigualdad. Ninguna de las tres nos da una perspectiva completa y, por tanto, las tres son necesarias y complementarias para hacer un acercamiento lo más holístico posible. Para no dar por supuesto que el lector está familiarizado con las tres, comenzaremos con una somera explicación de cada una de ellas.

Desigualdad, pobreza y exclusión social. Mediciones que señalan una falla ética en el modelo social

La medición de la pobreza es el indicador más clásico. Existen dos grandes aproximaciones: la medición de la *pobreza absoluta*, que fija un umbral de ingresos universal por debajo del cual cualquier persona en cualquier lugar no llega a cubrir sus necesidades básicas. En 2021 se situaba en 1,90€ persona y día. Si bien este indicador apenas se usa ni en la sociología ni en las instituciones europeas. La segunda aproximación es la de la *pobreza relativa*, en la que el umbral se fija en relación a la renta disponible en cada lugar elegido (país, región, ciudad, u otro ámbito territorial). En 2021, para España se fija este umbral en 795 € mensuales para un hogar unipersonal.

La perspectiva de la medición de la pobreza, si bien ofrece uno de los datos más significativos, se queda corta, pues se centra en la renta disponible, dejando al

margen otros fenómenos sociales igualmente relevantes para comprender las condiciones de vida. Así, han surgido multitud de corrientes y propuestas de medición que incorporan otras dimensiones. Nos centraremos aquí en una de ellas: la exclusión social.

La exclusión social se define como la acumulación de problemáticas no solo monetarias, que dificultan o impiden la plena participación social de las personas y grupos que las padecen. Por ejemplo, tener o no un empleo no solo genera dificultades económicas, sino también problemas de autoidentificación, de reconocimiento social, de salud... Tener o no acceso real a los derechos económicos, políticos, sociales y culturales marca diferencias no siempre causadas únicamente por la renta. El aislamiento social, la ausencia de redes de proximidad, tiene una gran influencia en la vida de quien lo padece.

El indicador más común es la llamada tasa AROPE (tasa de riesgo de pobreza y exclusión), que mide tres grandes dimensiones: la pobreza en su forma relativa;

Tener o no acceso real a los derechos económicos, políticos, sociales y culturales marca diferencias no siempre causadas únicamente por la renta

la privación material y social severa, que mide la imposibilidad de acceso a una serie de bienes y actividades considerados como muy importantes para ser parte de una sociedad; y por último la intensidad laboral, medida a través del número de horas reales de empleo en el hogar sobre el número potencial de horas de trabajo en ese hogar (atendiendo al número de personas en edad y

condiciones de trabajar de dicho hogar).¹

Por su parte, la aproximación que hace la fundación FOESSA profundiza aún más, e indaga en un total de 37 indicadores, que se agrupan en ocho dimensiones: empleo, consumo, participación política, educación, vivienda, salud, conflicto y aislamiento sociales.

Medir la exclusión social, profundiza en la realidad del sector social más empobrecido; supone un paso más sobre la mera medición de la pobreza, una mirada que, no obstante, necesita ser complementada con la desigualdad, pues sin este dato, la comprensión de la realidad de estas personas queda un tanto aislada de lo que ocurre en el conjunto de la realidad social.

¹ Más información en: https://www.ine.es/prensa/ecv_2021.pdf

La medición de la desigualdad nos habla del reparto, de la distribución de la renta en el conjunto de la sociedad, nos pone de manifiesto que hay personas pobres, pero que también las hay ricas y todo un abanico de situaciones intermedias que solemos denominar como clases medias. Y sobre todo nos aporta la distancia de renta que existe entre todos estos grupos.

Existen también diversos métodos de medición de la desigualdad. Aquí definiremos solo el que vamos a usar: el indicador S80/S20. Este divide el continuo social en cinco grupos iguales formados cada uno por el 20% de la población agrupados por su nivel de renta y compara el número de veces que la renta del 20% más rico supera la del restante 80%. No obstante, la medición de la desigualdad adolece de nuevo de una perspectiva meramente económica y no completa, pues obvia la medición del patrimonio, cuestión esta no falta de interés e influencia.

Existen otras muchas maneras de medir estas realidades, pero ya al margen de las siempre aburridas explicaciones técnicas quisiéramos poner en valor la necesidad de todas ellas. Acercarse a realidades que son multidimensionales desde una perspectiva única empobrece la mirada. Aislar un grupo del resto nos impide profundizar en las dinámicas sociales que están detrás de las realidades analizadas y focaliza la posible intervención en las consecuencias, haciendo más difícil su transformación.

Y más allá de la utilidad analítica, el despliegue de todos estos instrumentos de medición señala la existencia de un problema social de primera magnitud. *Algo huele a podrido en Dinamarca* cuando necesitamos medir cosas como la pobreza, la exclusión o la desigualdad. Algo importante no funciona bien, éticamente bien, en el modelo social que hemos construido. Al margen de la cantidad, la mera existencia de pobreza, exclusión social o desigualdad ha de rechinar en la conciencia de un mundo que ha consensuado y declara y aspira a que *todas las personas nacemos libres e iguales*.

La instalación estructural y creciente de la falla

Entrando ya en materia, vamos a ver la evolución de España en tres de los indicadores señalados desde el año 2008, cuando estalló la gran crisis económica que arrasó la economía mundial.

Tabla 1. Evolución de la desigualdad, la exclusión social y la pobreza en España 2008-2020

	2008	2009	2010	2011	2012	2013	2014	2015	2016	2017	2018	2019	2020	2021
Indicador S80/S20	5,7	6,4	7,2	7,1	7,2	6,3	6,8	6,9	6,6	6,6	6,0	5,9	5,8	6,2
Riesgo de pobreza	19,8	20,4	20,7	20,6	20,8	20,4	22,2	22,1	22,3	21,6	21,5	20,7	21	21,7
Tasa AROPE	23,8	24,7	26,1	26,7	27,2	27,3	29,2	28,6	27,9	26,6	26,1	25,3	26,4	27,8
ISES Foessa	sd	18,9	sd	sd	sd	25,2	sd	sd	sd	sd	18,4	sd	sd	23,4

Fuente: Elaboración propia con datos INE, ECV y EINSFOESSA

La primera fila de la Tabla 1 nos habla de la desigualdad. Así, en el 2008 el 20%

Algo importante no funciona bien, éticamente bien, en el modelo social cuando necesitamos medir cosas como la pobreza, la exclusión o la desigualdad

más rico de la sociedad disponía de 5,7 veces más renta que el 80% restante. A lo largo de la crisis y hasta 2015, la diferencia fue aumentando hasta llegar a las 6,9 veces, y a partir de ahí comienza a descender hasta alcanzar las 5,8 veces, es decir, un nivel aún superior al que se daba en 2008. No hay datos publicados sobre el año 2021 para este indicador.

La segunda fila nos aporta el porcentaje de personas que cada año se encontraban por debajo del umbral de la pobreza relativa. En ella vemos una evolución muy similar, a pesar de que en tiempos de crisis el umbral baja, y eso tiene un efecto “reductor” de la tasa.

Así, en 2008 encontramos casi un 20% de la población en situación de pobreza, tasa que va creciendo hasta el 2016, año en que comienza un lento descenso hasta situarse en un 21% en 2020, una tasa aún superior a la del 2008.

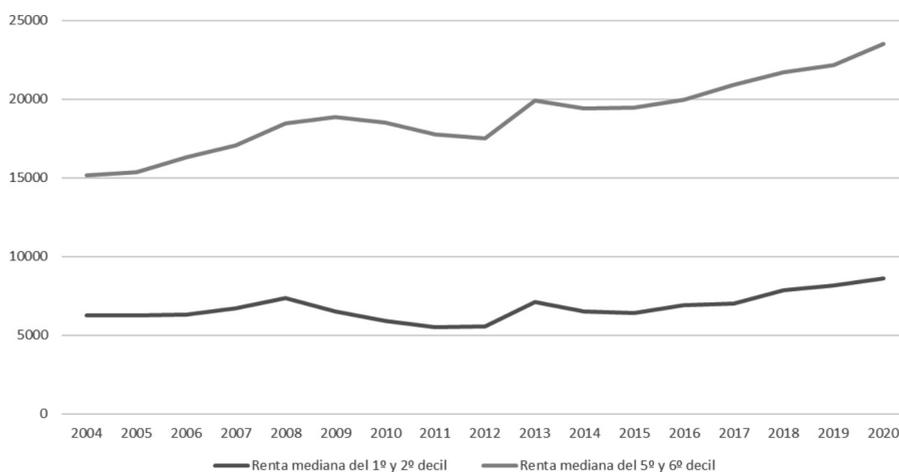
Le siguen los datos de la tasa AROPE en los que volvemos a observar el mismo fenómeno, partiendo de casi un 24% de la población afectada por algún factor de exclusión social, la crisis provoca la subida hasta superar en 2014 el 29%, comenzando a bajar hasta el año 2020, si bien aún lejos del nivel de partida.

La última fila ofrece los datos de exclusión social que elabora FOESSA, ligeramente más bajos que la tasa AROPE, pues la medición focaliza en aquellos fenómenos sociales con más poder exclusógeno, pero más sensible a los cambios y, por tanto, registra con más rapidez los efectos de las crisis y también de los procesos de recuperación.

La subida en todos los indicadores correspondiente al año 2021 recoge el primer impacto de la crisis de la COVID-19. Aún no hay datos para reconfirmar que la tendencia sea la misma señalada aquí.

Un dato especialmente relevante a nuestro parecer es el que surge del análisis de la brecha de desigualdad si la vemos como la relación existente entre el 20% de la población con menos renta y el 20% de la población situados en la zona central de la distribución de la renta (clase media desde este punto de vista).

Grafico 1. Evolucion de la desigualdad en España 2004-2020
deciles medios y bajos
(miles de € corrientes)



Fuente: Elaboración propia con datos EPF e INE

El Gráfico 1 nos muestra dos cosas con mucha claridad. La primera es que las trayectorias de ambas líneas son similares en su perfil. Para ambos grupos la crisis del 2008 supuso una disminución de su renta, que comienza su recuperación en torno a 2014, si bien la caída para la línea más baja (relativa a los que

menos ingresos tienen) comienza antes, y el ascenso se retrasa más. La segunda es que la distancia entre ambas no para de ampliarse a lo largo de todo el periodo.

Traducido a porcentajes, las rentas más bajas perdieron un 4% de renta en el periodo 2008/2014, frente a una subida de un 8% de las rentas medias con las que las estamos comparando. Si ampliamos el periodo hasta el 2020, las rentas medias crecieron un 26% frente a tan solo un 19% de crecimiento de la renta de los dos deciles inferiores.

Este mismo ejercicio de observar a la población con menos renta en contraste con cualquier otro de los grupos de renta da un dibujo y unos números similares en tendencia a los aquí reflejados, lo que viene a reafirmar que la dinámica social y económica tiene una tendencia estructural a dejar atrás, al margen, fuera, definitivamente, a un grupo no pequeño de personas.

Podemos concluir entonces que esa falla de la que hablamos, la midamos desde

La dinámica social y económica tiene una tendencia estructural a dejar atrás, al margen, fuera, definitivamente, a un grupo no pequeño de personas

la perspectiva que elijamos, tiene un comportamiento contraintuitivo. Así, partiendo de una falla bastante profunda, las crisis sucesivas la incrementan, pero los periodos de recuperación, si bien la suavizan, nunca logran hacerlo hasta los niveles previos a las crisis. Se demuestra así tanto el carácter estructural de la falla, como el hecho de que las dinámicas económicas no hacen sino agrandarla, aislando al grupo inferior, el más vulnerable, de las tendencias del resto de la sociedad.

darla, aislando al grupo inferior, el más vulnerable, de las tendencias del resto de la sociedad.

Si nos encontramos con un asunto de corte estructural, son precisas medidas del mismo tipo, es decir de transformación de fondo del modelo si queremos realmente erradicar, o al menos reducir, esta falla, medidas que se complementen en el largo plazo con aquellas coyunturales que son más que necesarias, pero claramente insuficientes. Medidas que, sin entrar ahora en su desglose, tienen que ver con la consolidación de un modelo social que cumpla su función de aseguramiento colectivo de los riesgos individuales y sociales. Volveremos sobre ello más adelante.

En qué se traduce quedar en el lado malo de la falla

La encuesta FOESSA permite históricamente profundizar en la realidad de ese grupo social que queda en el lado de los perdedores de la falla. Con los datos de la última encuesta sobre Integración y Necesidades Sociales realizada en 2021 (EINSFOESSA21), esbozamos ahora un breve retrato de algunas de esas consecuencias que supone quedar en la situación de exclusión social.

Extrapolando los datos de la encuesta, hablaríamos de un total de casi cuatro millones de hogares y de algo más de once millones de personas cuya acumulación de problemáticas les sitúan en la zona de exclusión social.

Como se dijo, la encuesta mide hasta 37 indicadores diferentes, de entre los cuales destacamos algunos en la tabla 2.

Tabla 2. Porcentaje de hogares en exclusión social en los que...

Todas las personas activas en desempleo	45
Sustentador principal en inestabilidad laboral grave	25
En pobreza severa	44
Con una deuda impagable	22
Alguien sin derecho a voto	20
Todos los comprendidos entre 16 y 65 años con estudios insuficientes	19
Vivienda insalubre	18
Gasto excesivo vivienda	48
No pueden pagar gasto sanitario	48
Sin apoyos para enfermedad o dificultades	5

Fuente: EINFOESSA 2021

En dicha tabla podemos observar cómo en uno de cada cuatro hogares en exclusión, la persona sustentadora principal, es decir aquella que aporta el ingreso mayor al hogar, padeció inestabilidad laboral grave en el año anterior a la encuesta, esto es, tuvo tres o más contratos diferentes, o trabajó en tres o más empresas, o estuvo más de tres meses en desempleo.

Cerca de la mitad de los hogares sobreviven con unos ingresos inferiores al 40% de la mediana de la renta, lo que les sitúa en situación de pobreza extrema, y casi

tres de cada diez tienen acumulada una deuda que ellos mismo califican como de muy difícil devolución.

Prácticamente el 20% viven en una vivienda con unas deficientes condiciones de salubridad, y prácticamente en la mitad de lo hogares, su renta disponible queda por debajo del umbral de la pobreza severa una vez descontados los gastos de la vivienda. En el 20% de los casos todos los adultos tienen un nivel de estudios terminados por debajo de los obligatorios (ESO o su equivalente).

Hemos destacado solo algunos de los indicadores que tienen un mayor grado de afectación con el objetivo de que el lector se pueda hacer una idea de la realidad de la que estamos hablando, y hacer un ejercicio de empatía sobre la gravedad de las situaciones que se engloban detrás de la mera enunciación de la existencia de una falla.

La cultura de sustento a las reformas estructurales

Acometer las reformas estructurales pertinentes para poder hacer frente, erradicar o al menos disminuir sustancialmente la brecha de la que estamos hablando precisa de un nuevo pacto social que ha de incluir, al menos, a la mayoría de la población.

Acometer las reformas estructurales pertinentes para disminuir la brecha social precisa de un nuevo pacto que ha de incluir a la mayoría de la población

Existen dos elementos clave para hacer posible ese pacto. El primero es el grado de acuerdo sobre la naturaleza y causas de la existencia de la falla; y el segundo tiene que ver con el modelo de fiscalidad, en tanto instrumento clave para financiar las políticas a implementar.

Uno de los últimos estudios del CIS profundiza en el primero de estos elementos. Recogemos algunos de los resultados en la siguiente tabla. La primera de las preguntas recogidas nos habla de la comprensión de la pobreza como un fenómeno natural e inevitable. Si bien resulta ser una opinión minoritaria, no deja de destacar que una de cada cuatro personas piensa así y que, en consecuencia, no tiene sentido plantearse acabar con ella, pues siempre existirá.



Tabla 3. Grado de acuerdo con estas afirmaciones (en %)

	Muy + Bastante	Poco+ Nada
No tiene sentido luchar contra la pobreza porque siempre habrá ricos/as y pobres	26	73
Las personas pobres no saben administrar su economía	13	85
Las personas son pobres porque no se han esforzado lo suficiente	9	89
Si la economía mejora, la pobreza desaparecerá por sí misma	47	51
La mejor política social es el empleo	90	9

Fuente: Elaboración propia con datos CIS 3329. 2022

La segunda y tercera de las cuestiones planteadas nos dibujan un panorama en que, de una manera abrumadora, se rechaza la visión meritocrática de la pobreza. Esta, a juicio de la inmensa mayoría, no tiene nada que ver ni con la capacidad de administrar los recursos, ni con el esfuerzo de las personas.

Nos vamos a detener un poco más en las dos últimas, pues parecen denotar que la interpretación social de la falla no incorpora la tesis que estamos defendiendo en este artículo, a saber, el carácter estructural de la misma.

Un poco más de la mitad de las personas encuestadas piensan que la pobreza esta vinculada a los ciclos de la economía y que, cuando esta mejora, también lo hace la realidad de la pobreza sin mucho más que hacer. No volveremos a ahondar en los datos presentados en apartados anteriores, pero podemos afirmar que los hechos desmienten esta creencia.

La última de las preguntas planteadas, que goza de la práctica unanimidad de apoyo (90%), responde a uno de los mantras más utilizados en los últimos tiempos: la clave es el empleo, generar empleos, facilitar el acceso al mismo, formar para el empleo, fomentar el autoempleo... No tenemos aquí el espacio necesario para entrar a fondo en el cuestionamiento de esta creencia, pero nos parece evidente que la sociedad industrial del pleno empleo es un modelo inviable, agotado

e igual hasta innecesario como referente en el que basar ese nuevo y necesario pacto social. Sin embargo, su potencia en el imaginario social es uno de los elementos de dificultad más importantes. De otro lado, las características del empleo en estos momentos, hace que este haya perdido gran parte de su capacidad de integración económica y social, especialmente entre los trabajadores que sufren la inestabilidad, la precariedad, la parcialidad indeseada, etc.

Para hablar de la fiscalidad, que hemos detectado como segundo elemento clave, de nuevo recurrimos a datos del CIS que, en este caso, nos ofrece otro estudio en relación a los impuestos del que también destacamos algunos datos (Tabla 4).

Tabla 4. Opinión sobre los impuestos (en %)

		Población general
Funcionalidad de los impuestos	Los impuestos son un medio para redistribuir mejor la riqueza en la sociedad	15
	Los impuestos son algo que el Estado nos obliga a pagar sin saber muy bien a cambio de qué	24
	Los impuestos son necesarios para que el Estado pueda prestar servicios públicos	59
Graduación: Mejorar los servicios públicos aunque haya que pagar más impuesto = 0; Pagar menos impuestos aunque haya que reducir los servicios públicos = 10	Marcan 0	21
	Marcan entre 1 y 4	19
	Marcan 5	29
	Marcan entre 6 y 9	22%
	Marcan 10	5%

Fuente: Elaboración propia a partir de datos del Estudio 3374, CIS 2022.

La primera cuestión sobre la funcionalidad de los impuestos daba a elegir al entrevistado cuál de las tres afirmaciones se acerca más a su opinión al respecto del para qué de los impuestos. En la respuesta vemos como el 60% le reconocen la funcionalidad más obvia: que el Estado pueda prestar servicios públicos. Muy por encima de las otras dos explicaciones, ambas con un matiz interpretativo.

En segundo lugar, casi uno de cada cuatro entrevistados valora muy críticamente los impuestos, pues no terminan de ver para qué sirven y cargan las tintas en la

“obligatoriedad” sin tener clara su finalidad. Y una minoría (15%) se adscribe a la respuesta que el modelo social se da a sí mismo como explicación de la función de los impuestos, es decir: la redistribución de la riqueza.

La segunda pregunta que recogemos plantea con una gradación de 0 a 10, una valoración sobre la relación que se da entre la cantidad de impuestos que se pagan y los servicios que se reciben. Siendo 0 la opinión de que es necesario tener más servicios, aunque haya que subir impuestos, y 10 que es necesario reducir impuestos, aunque haya que disminuir en los servicios.

Las respuestas se distribuyen de manera muy homogénea a lo largo de todas las posiciones posibles en el continuo, con excepción de la más radicalmente contraria a los impuestos. Se trata de un asunto, entonces, que no cuenta con una opinión claramente mayoritaria. El grupo más numeroso (29%) es el que marca un 5, es decir, mantiene una postura equidistante entre las dos afirmaciones.

Podemos concluir, por tanto, que no hay en la sociedad española un consenso valorativo sobre esta relación, si bien podemos señalar una relativa tendencia hacia apoyar una subida de impuestos para mejorar los servicios, (40% suma de 0 1, 2 ,3 y 4), pero lejos de ser mayoritaria y muy dependiente de la postura final de los que señalaron el 5.

Algunas conclusiones

El recorrido realizado utilizando diversas perspectivas, apunta en todas ellas hacia la consolidación estructural de una falla social que está dejando atrás, fuera, aislado... a un grupo de personas y familias. Un grupo no pequeño, al que habría que sumar otro, que queda en una situación de integración muy precaria, al albur de que cualquier pequeño viento los arrastre al otro lado.

Aún en el caso de que la cantidad de personas fuera menor, la mera existencia de estas realidades debiera ser motivo de preocupación social y de acción política. Y, dado su carácter estructural, esta acción debe procurar cambios profundos en el modelo. Cuando las causas son estructurales, los parches no solucionan las causas.

Contamos con instrumentos de análisis que nos acercan a la realidad objetiva y hemos formulado principios éticos y sistemas de organización social que, aunque imperfectos, quieren caminar en la dirección adecuada. Las grandes tendencias culturales se mantiene aún favorables para acometer esos cambios necesarios, si bien el momento cultural e ideológico que vivimos parece estar poniendo en cuestión algunos de esos elementos. Y comienza a haber grupos de personas (tampoco pequeños) con planteamientos ideológicos que dificultarían la consecución de ese nuevo y necesario pacto social.

La distancia experiencial con relación a los grupos más vulnerables puede tornar un poco más insensible al resto de la sociedad. Las realidades que nos quedan lejos hacen difícil la empatía, y las dinámicas culturales del propio entorno tienden a instalarse en las conciencias como si la propia fuera la única realidad.

Los planteamientos novedosos sobre los que construir el nuevo pacto están bastante lejos de la cultura dominante, aun entre los grupos con una cultura favorable al objetivo. Se sigue apostando por las claves del pacto social de los años cincuenta del siglo pasado, de difícil traslación a la realidad actual.

Así, la imagen del *hombre* que se ha hecho a sí mismo sigue dominando sobre la realidad de la interdependencia y del hecho fehaciente de que todas las personas somos vulnerables de una u otra manera. El trabajo humano se sigue identificando en exclusiva con el empleo productivo y la relación entre derechos y deberes sigue entendiéndose de manera lineal.

Estos elementos culturales dificultan poder llevar adelante medidas como, por ejemplo, el reparto del empleo, la garantía de ingresos mínimos (en cualquiera de las propuestas que existen hoy en día), las políticas públicas de vivienda o el reconocimiento de las tareas de cuidados, entre otras. Y estas son líneas en las que el nuevo pacto social ha de apoyarse.

Pedro Fuentes Rey es sociólogo y técnico del equipo de estudios de Caritas española.

